EXPLICACIONES HISTÓRICO-CULTURALES A LA LUZ DE LAS DIFERENCIAS ENTRE AMÉRICA LATINA Y ESTADOS UNIDOS

*Valeria Zepeda Trejo**

A pesar de que cada vez se suman más investigadores al ejercicio académico de señalar los “patrones concordantes” entre América Latina y Estados Unidos —en lugar de subrayar las diferencias, como tradicionalmente se ha hecho—, considero, como lo plantea el doctor Bainard Cowan en su texto “Líneas de derivación en Occidente: De la tradición a las Américas”, que en realidad es necesario comprender que ambas entidades provienen de muy distintos y complejos pasados culturales; y que en la medida en que los conozcamos y reconozcamos, tendremos una mejor comprensión mutua. La idea no es forzar similitudes, sino entender las diferencias.

Es probable que muchos latinoamericanistas se opongan a que América Latina sea abordada como una unidad sólida y homogénea; sabemos que no lo es. No obstante, Richard Morse estableció que la idea “que asimila a toda Latinoamérica con el resto de Occidente proviene de un sentido espiritual en términos nietzscheanos”.¹ Dejó claro, asimismo, que la simple palabra “América Latina” había generado importantes confusiones entre los investigadores estadounidenses, pues resultaba muy compleja de conceptuar. ¿Qué es, en realidad, Latinoamérica? La respuesta no es sencilla, pero el trabajo presentado por el doctor Cowan

31

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

¹ Richard Morse, “Notes toward fresh ideology”, *Estudios Avanzados*, vol. 2, núm. 2 (1988), p. 15.

marca el camino para un mejor entendimiento desde la óptica estadounidense.

En su artículo “Notes towards a fresh ideology”, Morse establece que cuando se hablaba de América Latina, se “especulaba sobre que la herencia ibero-católica preilustrada pudo haber condicionado en buena medida el proyecto político de Latinoamérica”.² En contraste, señala que en el norte del continente los ideales políticos fueron concebidos en el marco del movimiento reformista y de la Ilustración. El problema de la incompreensión estriba —explica Morse— en que la mayoría de las veces los investigadores estadounidenses “se retraen de las explicaciones histórico-culturales” para abordar a América Latina y por ello, dejan de lado la línea principal de elucidación para entender las diferencias entre ambas entidades. Morse señala la necesidad de tener una “perspectiva general que nos permita ver que las ciencias occidentales están embebidas de cultura”;³ por tanto, las mismas ciencias también están dotadas de prejuicios y parcialismos. Morse entiende que conforme aumente el conocimiento de la cultura y la sociedad latinoamericanas, en especial de México y Brasil, los investigadores estadounidenses adquirirán nuevas ideas y perspectivas y, tal vez, hasta algunas soluciones para los problemas mundiales.⁴ Estos dilemas internacionales son también, en esencia, culturales, pues de la cultura se derivan y se estructuran todas nuestras instituciones e ideas. Morse plantea que si no nos acercamos a los orígenes de nuestras culturas, no entenderemos nuestras diferencias en ningún aspecto: literario, político, económico e incluso histórico.

Para explicar con mayor profundidad la idea de que América Latina es un vástago de Europa que nunca experimentó una Reforma protestante, es necesario comprender que el subcontinente al sur del río Bravo fue conquistado y organizado durante el siglo XVI por dos imperios, España y Portugal, que luchaban en esos momentos contra los “rebeldes” religiosos y tenían la peculiaridad de no gozar de una unión política interna verdadera; el único lazo de estos vastos territorios era la religión

² *Loc. cit.*

³ *Ibid.*, p. 16.

⁴ *Loc. cit.*

católica representada por el rey. Además, dada su cercanía con el Vaticano y sus concepciones ultrarreligiosas, estos dos reinos endurecieron sus posturas ante cualquier indicio de reforma, ya fuese política, económica o religiosa. Dichas concepciones fueron legadas a sus colonias en América, pues en esa época la ley y la religión eran una sola. Además, también debemos considerar que durante los procesos independentistas del siglo XIX fueron las clases criollas, como dice Cowan, las que moldearon la estructura de los nuevos Estados, imponiendo sus preferencias culturales y políticas emanadas de una educación privilegiada impartida por jesuitas, la orden que había sido creada para combatir espiritualmente al movimiento protestante.

En contraste, América del Norte, y en particular Estados Unidos, se concibió y se estructuró en el siglo XVII, casi 100 años después de la fundación de los virreinos latinoamericanos. A esta parte del mundo llegaron hombres que practicaban diversas creencias, la mayoría emanadas de la reforma protestante, y esto imposibilitó que se pudiera establecer un código religioso único o que se equiparara la religión a la ley civil. La gente que se estableció en este territorio se vio obligada a crear y aceptar nuevas formas de coexistencia que no tuvieran significado religioso. Además, cuando españoles y portugueses se embarcaron al Nuevo Mundo en busca de oro, plata y riquezas, todavía no aparecía una ideología comercial en términos modernos, como sí la tuvieron los ingleses, holandeses y alemanes que arribaron al continente un siglo después.⁵

Así, lo que tenemos por un lado es una *conquista* con clara influencia religiosa, pues la manera de justificar la adquisición y colonización de nuevos territorios se dio a través del precepto religioso de la “conversión de almas”; y por el otro, una *colonización* cuyo objetivo no era religioso, sino económico, lo que permitió estructuras y concepciones

⁵ Aquí es importante destacar la influencia que tendrá el desarrollo y las consecuencias de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), pues al ser la última gran guerra de religión, fomentó que, en algunos lugares de Europa, se diera una mayor importancia a lo civil y a lo económico y se reconociera una especie de separación entre estos ámbitos y lo religioso. En general, los países que abrazaron el protestantismo comenzaron a aplicar un modelo económico capitalista que, a la larga, influyó en sus modelos políticos y culturales. Véase C. V. Wedgwood, *The Thirty Years War*, 2005, Nueva York, New York Review Books.

seculares. Este pensamiento, que podríamos denominar “liberal”, fue impulsado por el movimiento de la Ilustración, que al final logró disminuir el poder de la Iglesia en ciertos lugares y estimuló a hombres y mujeres a pensar que los patrones de cómo vivir su vida y modelar su sociedad debían ser establecidos por ellos mismos con la ayuda del conocimiento, y no precisamente por Dios. Los primeros grupos que llegaron a Norteamérica eran puritanos, inspirados en las enseñanzas de Juan Calvino, quien creía que las autoridades civiles y religiosas debían estar separadas.⁶

Para Cowan, es de gran importancia entender que ambas entidades derivaron su cultura y su comportamiento de puntos de vista de la vida y la sociedad muy distintos. Subraya que, mientras que la América española fundamentó su existencia en la filosofía política de santo Tomás y en Aristóteles, la América inglesa lo hizo según los preceptos de san Agustín y Platón. Si seguimos el pensamiento de Morse al respecto, encontramos constantes referencias al trabajo de Louis Dumont, quien explicó que las sociedades latinoamericanas tenían en su centro una estructura basada en un punto de vista jerárquico-igualitario, en el que la sociedad es percibida como un todo, mientras que América del Norte presentaba una estructura basada en el holismo-individualismo, en el que la sociedad es una asociación. Lo anterior muestra cómo, desde su base, las concepciones son totalmente distintas.⁷ El doctor Cowan agrega que en términos de conceptos legales también puede verse la diferencia, ya que en el sur se ha seguido el concepto de ley natural, mientras que en el norte se ha mantenido la idea de la ley contractual. A estas diferencias agregaremos algunas explicaciones para entender la complejidad de las distintas concepciones de la ley y la sociedad.

“La Iglesia católica fue concebida como una gran sociedad humana (*universitas*) que se apoyaba en la fundación y aprobación divina, y cuya misión era la más grande y elevada entre todas.”⁸ Con esta idea,

⁶ Alan Brinkley, *Historia de Estados Unidos. Un país en formación*, 2003, 3ª ed., México, McGraw Hill, p. 88.

⁷ Morse, *op. cit.*, p. 16.

⁸ Carlton J.H. Hayes, *A political and cultural history of modern Europe. Three centuries of predominantly agricultural society, 1500-1830*, 1947, Nueva York, Macmillan Company, vol. 1, p. 137.

la Iglesia fue equiparada con el Estado, y por arriba se encontraba la “ley natural”, que fue considerada el elemento uniformador de la civilización cristiana. Cuando aparecieron los Estados modernos en el siglo XVI, España rivalizó con la idea de una posible separación entre la Iglesia y el Estado, y tras sus múltiples problemas con el islam (durante la Reconquista), el resultado fue un endurecimiento del cristianismo, que se convirtió en parte de la posterior vida nacional. Se creó así un trinomio inseparable: Estado-religión-nación.⁹

En contraste, los pueblos que llegaron a Norteamérica creían que “el individuo existe por y para sí mismo; la sociedad cuando más es solo una asociación”.¹⁰ Este pensamiento permitió un cambio en la concepción tradicional de sociedad cristiana. En este caso, cada miembro define su conducta por interés propio y la sociedad (*societas*) es tan solo un mecanismo que armoniza, una mano invisible.¹¹ No es un todo, no hay un trinomio indivisible. Las ideas católicas tradicionales no tienen cabida, puesto que el precepto principal es disminuir el poder de la Iglesia y permitir que los individuos obtengan poder a través de sus propios medios. La sociedad, como decía Hobbes y subraya el doctor Cowan, es funcional y no natural. Esto nos lleva a la teoría contractualista de la ley, por la cual las personas crean sus propias reglas de acuerdo con sus propósitos, lo que consiente el surgimiento de diversas concepciones políticas, económicas y sociales. Un claro ejemplo del contraste se ilustra de la siguiente manera: mientras que santo Tomás condenó el aumento de una deuda por el interés afirmando que no era cristiano, el puritanismo, derivado del pensamiento calvinista “fomentaba positivamente lo que denominó la ‘virtud económica’; el espíritu capitalista”.¹²

El elemento principal de la investigación del doctor Cowan se refiere a que estas distintas y contrastantes percepciones de la naturaleza de la sociedad realmente tienen un gran impacto en las imágenes y los imaginarios de cada cultura. Una se basa en la concepción universal (*universitas*) y la otra en la social (*societas*); ambas surgieron de la

⁹ *Ibid.*, p. 190.

¹⁰ Morse, *op. cit.*, p. 17.

¹¹ *Loc. cit.*

¹² Hayes, *op. cit.*, p. 214.

contraposición de procesos históricos: la Reforma protestante y la Contrarreforma durante el siglo XVI. Bainard Cowan se basa primordialmente en el trabajo de la historiadora Lois Parkinson Zamora, *The inordinate eye*, en el que se establece que “el acto de ver está siempre situado dentro de un marco cultural”. En este sentido, explica que para América Latina, tradicionalmente, la imagen es algo muy importante, pues fue a través de la imagen que los españoles lograron no solo la conquista, sino también la conversión espiritual. La concepción de sociedad expresada por los católicos, este punto de vista jerárquico-igualitario del que hablamos líneas más arriba, fue impresa en un panóptico colectivo creado por los criollos por medio de imágenes; visiones atractivas que al cabo fueron asimiladas y cuyo resultado produjo este hermoso movimiento arquitectónico y artístico llamado barroco y, en última instancia, el churrigueresco. Latinoamérica es barroca, compleja y repleta de imaginarios sociales.

En contraposición, América del Norte nunca estuvo embebida en la imagen. El puritanismo alababa el minimalismo y la vida ascética; la riqueza cultural y artística era rechazada. Calvino, influido por la tradición agustina, estableció en su *Institución de la religión cristiana* que el conocimiento de Dios no era inherente a la humanidad ni tampoco podría ser descubierto por medio de la observación del mundo. Para él, las imágenes de Dios llevaban a la idolatría.¹³ En pocas palabras, lo que presenciamos es una concepción mucho más simple de todas las cosas. Hubo una preferencia por lo escrito sobre lo visual, tal como lo subrayan Lois Parkinson Zamora y Bainard Cowan. Este modo de ver la vida y la sociedad no necesitaba imágenes. En cambio, los católicos necesitaron echar mano de lo visual para refrendar y convencerse de que vivían en una gran sociedad humana que descansaba en la fundación divina y que estaba llevando a cabo una gran misión. Los protestantes creían que la manera de realizar la misión cristiana era por la lectura de las escrituras y nada más.

Así, con estas nociones primarias, las producciones artísticas de América Latina siempre han tendido a ser mucho más visuales que las

¹³ Véase W. Fred Graham, *The constructive revolutionary: John Calvin and his socio-economic impact*, 1971, Richmond, Virginia, John Knox Press.

norteamericanas. Cowan proporciona un ejemplo de cómo estas concepciones de la vida y la sociedad aún están presentes: “el significado del último día de octubre y los primeros de noviembre”. En Estados Unidos el *Halloween* fue en un principio rechazado por los puritanos de Nueva Inglaterra, debido a la carga de imágenes que tenía, pero conforme fueron llegando católicos irlandeses y escoceses durante el siglo XIX, la festividad comenzó a ganarse un lugar en la cultura popular. A pesar de ello, hay que destacar que la imagen de esta festividad cristiana se proyecta con humor y se interpreta de forma tal que se busca ridiculizar y confrontar el poder de la muerte. No es una imagen bella; al contrario, se transforma en una auténtica pesadilla. La imagen se usa no para alcanzar o conseguir algo, sino para alienar.

En México, el Día de Muertos no se celebra el 31 de octubre, sino los primeros días de noviembre y la festividad es percibida de manera totalmente distinta. Los muertos son celebrados con mucho color, comida e imágenes vívidas dedicadas a los que ya no están presentes. Aquí la imagen es sumamente importante y con una gran influencia de las culturas prehispánicas, que concebían la muerte como una oportunidad de recorrer un nuevo camino y no como algo terrible. Aquí se produjo un verdadero sincretismo. Solo basta con estar presente en esta celebración para comprender el sentido barroco que tiene la festividad y la complejidad de sus imágenes.

Al final, todo se reduce a lo más básico: la esencia cultural, la raíz de cómo es que América Latina y Norteamérica se aproximan, de maneras muy distintas, a la naturaleza y a la imagen. No obstante, este contraste no debe ser visto como un obstáculo imposible de superar. Si las diferencias están arraigadas en la dialéctica de Platón y Aristóteles, como dice Cowan, entonces esto debe estimular a los investigadores y dirigirlos a emprender estudios mucho más profundos en estas dialécticas, con el fin de promover un mejor diálogo entre ambas regiones. Debemos buscar nuevos significados de entendimiento inspirados en las explicaciones histórico-culturales.